

que en Roma como en París, es siempre el signo probable de aventuras clandestinas en las mujeres de su clase. Tampoco era la primera vez que Alba se sentía invadida por la sospecha ante ciertas desapariciones misteriosas de su madre. Pero de ordinario ella oponía á esta sospecha, una fuerza de confianza voluntaria que no encontró después de la revelación indiscutible de la mañana. Se asomó á la ventana para ver partir la victoria. Los dos caballos piafaron, y la veneciana, levantando su graciosa cabeza, envió á la joven una sonrisa. ¡Ah! ¡Cómo se hubiera sorprendido de poder adivinar lo que decía aquella mirada! ¡Aquella súplica de que permaneciese allí, para calmar con su presencia un tan delirante dolor, de no ir donde iba! Pues lo cierto era que tenía una cita con Maitland en su casa. Saboreaba por adelantado las febriles delicias, mientras que sus caballos descendían por la parte del palacio Savorelli, donde no perdería más que cinco minutos, el tiempo para probar la coartada. Desde allí enviaría su coche. Subiría en uno de alquiler, y después iría á una iglesia, donde, á pesar de todo, rezaría para pedir perdón del dulce pecado que cometería en seguida. Se abandonaba al pensamiento de aquella espera de un placer cierto, que en ciertas naturalezas poderosas como la suya, confina en la voluptuosidad. No sospechaba que la pobre Alba, aquella niña tiernamente amada, á pesar de todo, sufría en aquel mismo instante y á causa de ella la más terrible de las tentaciones. Cuando el carruaje hubo desaparecido, los ojos fijos de la joven se habían vuelto al empedrado de la calle, y había sentido nacer en ella un deseo súbito, instintivo, casi irresistible, de acabar

con el sentimiento moral de que estaba devorada. ¡Era tan sencillo! ¡Bastaba acabar con la vida! Un movimiento, sólo el movimiento de inclinar el cuerpo fuera de la balastrada en que apoyaba el brazo. Un poco más adelante. Un poco más aún, y aquel sufrimiento había terminado. Y jamás volvería á ver el odiado rostro de Lincoln junto al de su madre; jamás encontraría los ojos de Lidia Maitland, aquellos ojos que sabían la vergüenza de aquella. No partiría para Pieve. No tendría que pasar semanas y semanas en aquella sociedad, cuya sola idea le producía un dolor físico. Frecuentemente había Alba experimentado este deseo de la muerte, que en los hijos de los suicidas se levanta de las profundidades más misteriosas del ser. Como ha dicho enérgicamente un médico filósofo, son predisposiciones en busca de ocasión y la herencia se reconoce en ellos en este rasgo singular: el pensamiento de la muerte voluntaria no es para ellos más que el fin de un lento trabajo de su facultad razonadora. La más ligera prueba descubre este pensamiento en tales almas, que han nacido, por decirlo así, con una llaga siempre pronta á sangrar. Pero entre el deseo instintivo de la muerte y su ejecución, hay, para continuar empleando los términos de la ciencia, un espacio psicológico, una distancia más ó menos grande que muchos de estos seres no franquean jamás y que permite considerar la disposición impulsiva el suicidio como una enfermedad curable. En desquite, cuando esta distancia es franqueada, el impulso llega á ser tan poderoso, que reviste un carácter de fatalidad indestructible y rápido como el rayo. Este era el caso de Alba, quien en el momento de la partida de

su madre, sufría tanto como es posible sufrir, pero no pensaba en la muerte. Ahora, apoyada en el quicio de la ventana abierta y midiendo con los ojos la altura de los dos pisos, sentíase atraída por aquel espacio vacío, atractivo á la vez febril, espantoso y casi dulce. Sí. ¡Era tan sencillo! Se vió sobre el empedrado... con los miembros rotos, la cabeza rota... muerta... muerta..... ¡libre! En aquel instante sintió esa alegría delirante que acompaña á la ejecución de esta clase de suicidios. Lanzó una carcajada nerviosa. Inclínó más su cuerpo... é iba á precipitarse, cuando el encuentro de sus miradas con una persona que marchaba por la acera, la despertó repentinamente de aquel vértigo, cuyo encanto la sujetó tan poderosamente. Se detuvo. Frotóse los ojos con las manos, y ella que no tenía la costumbre de las exaltaciones místicas, dijo en voz alta:

—¡Dios mío! ¡Tú me lo envías! ¡Estoy salvada! Llamó al criado para ordenarle que si el señor Dorsenne venía, se le introdujese en el saloncillo de la señora Steno.

—No estoy para nadie más—añadió.

Era, en efecto, Julián, al que había visto aproximarse á la casa, en el momento mismo en que no estaba separada del abismo más que por ese último estremecimiento de repugnancia animal que se encuentra hasta en los suicidas maniáticos. Los mismos locos, ¿no eligen el procedimiento que les agrada para perecer? Alba quedó inmóvil algunos instantes, procurando recoger sus ideas. Las más profundas fuerzas de su ser se concentraban en una resolución, que daba á su encantador rostro, hacía un momento contraído

con un pliegue siniestro, si no la serenidad, por lo menos la expresión de una esperanza. No se había engañado pensando que el joven se dirigía á la casa. Da-



dos los extraños principios de su madre, en materia de educación, no hay que extrañar que varias veces Alba recibiese sola á Julián; pero aquella orden de que no recibía visitas, indicaba que se proponía tener

una entrevista de gran importancia. Cuando le anunciaron que el novelista esperaba en el saloncillo, pareció dudar todavía.

—No—se dijo al fin.—Es la salvación. La única... Voy á saber si verdaderamente me ama... ¿Y si no me ama?

Miró de nuevo á la ventana, á fin de asegurarse á sí misma que en el caso de que aquella conversación no terminase como ella deseaba, el trágico y sencillo recurso en el que hacía un momento pensaba, podía siempre ser empleado, para dejar aquella vida infame que decididamente no podía aceptar. En aquel momento en que su ser se agitaba en una suprema crisis, las dos individualidades fundidas en la suya, se agitaban en ella. El alma de su verdadero padre, de aquel trágico y desdichado Werekiew, la había inclinado sobre el quicio de la ventana, invitándola á morir; el alma enérgica de su madre precipitábala ahora al audaz paso que intentaba, para salir de su angustia por otra puerta que la de la muerte; y esta influencia de la herencia materna era tan dominante en aquel momento, que por la primera vez quizás desde que la conocía, Dorsenne encontró, cuando Alba entró en el saloncillo, que se parecía á la señora Steno. ¿Quién sabe, pues en esos instantes en que nos encontramos en una encrucijada de nuestro destino, las nuevas impresiones determinan nuestra voluntad; quién sabe si aquel parecido, repentinamente evocado, no fué la causa de la respuesta que dió á la joven cuando ésta le habló, al fin, con la solemnidad apasionada de un alma atormentada! ¿Quién sabe si el inconsciente recuerdo de las costumbres de la querida de

Lincoln no mancilló ante sus ojos la inocente y sublime confianza de aquella adorable criatura! ¡Fantasma torturante de su inconsolable disgusto de hoy, cuando hubiera podido ser el encanto de su segunda juventud, la exquisita y tierna flor injerta en el árbol tan tristemente desnudo de sus cuarenta años!

¡Ah! ¡Cómo Julián querría estar todavía al principio de aquella conversación comenzada en un tono habitual de sentimentalismo burlón, y tan pronto transformada en un diálogo dramático! Pensaba, mientras se aproximaba á la villa Steno, que marchaba hacia su última entrevista con su linda é interesante amigueta, pues él se había, al fin, decidido á partir, y tal vez para tener la seguridad de no arrepentirse, había pasado al despacho de los vagones-camas, tomando su billete para la misma noche. Sí: había ido para darla un adiós, pero no ese adiós, esa separación de la que se acordará uno mientras esté en este mundo donde se puede hacer tanto mal riendo y sin sospecharlo.

Había jugado tanto con el amor, que el célebre proverbio le parecía que no podía aplicarse jamás á él, y por juego todavía él entró en materia, cuando habiendo tomado la mano de Alba para besarla, vió que estaba vendada.

—¿Qué le ha sucedido á usted, condesita? ¿Es que los laureles de Florent Chaprón y los míos le han impedido dormir, y tiene usted el puño clásico del dueñista?... Seriamente. ¿Cómo se ha herido usted?

—Me he apoyado en un cristal que ha cedido, y me ha desgarrado los dedos—respondió la joven, que añadió con una media sonrisa:—No es nada.

—¿Qué imprudencia!—dijo Dorsenne en tono de amistosa riña.—¿Sabe usted que ha corrido el riesgo de cortarse una arteria y de provocar una hemorragia muy grave, tal vez mortal.

—No hubiera habido gran mal en eso—respondió Alba, moviendo la cabeza, con un pliegue tan amargo en la boca, que también el joven cesó de sonreír.

—No me hable usted en ese tono—dijo,—ó creeré que lo hace usted con intención.

—¿Con intención?—respondió ella.—¿Por qué?

Y se ruborizó, riendo con aquella risa tristísima que había tenido un cuarto de hora antes, cuando inclinaba su cuerpo hacia la calle.

Comprendió Dorsenne que sufría mucho, y su corazón sufrió también.

La agitación contra la que luchaba durante aquellos últimos días con toda la energía de un artista independiente y que ha sistematizado su celibato, le invadió de nuevo.

Pensó que era necesario poner entre la "tontería" y él lo irreparable de su resolución categórica, y respondió á su amiga con su habitual dulzura, pero con firme tono:

—Aún está usted incomodada, Condesita, y acaba usted de mirarme como en nuestros momentos de riña. No debía usted hacerlo, tratándose de mí. Más tarde lamentará usted haber sido hoy tan mala conmigo.

Notó Alba que en sus ojos y en su sonrisa había, al pronunciar aquellas palabras, alguna cosa algo indefinible. Preciso era que la amase mucho, pues olví-

dó por un momento su pena y su resolución, y le preguntó vivamente:

—¿Tiene usted algún disgusto? ¿Sufre usted? ¿Qué pasa?

—No—respondió Dorsenne.—No pasa nada. Es la hora que pasa. Los minutos que se van, y no solamente los minutos. Hay una antigua y encantadora poesía francesa, que usted no conoce, y que comienza así:

Le temps s'en va, le temps s'en va, Madame.
Las, le temps?—Non.—Mais nous nous en allons.

Lo que en simple prosa significa que esta es, sin duda, la última conversación que tenemos juntos por ahora, y que no estaría bien que estropeáramos esta última visita.

—¿Le comprendo á usted bien?—dijo Alba.—Conocía demasiado la manera de expresarse de Dorsenne para no saber que aquella forma, medio burlona, medio sentimental, le servía siempre para preparar frases más graves y contra las que de antemano se guardaba por miedo de parecer ingenuo. Cruzó los brazos sobre el pecho, y después de una pausa, continuó con voz grave:

—¿Se marcha usted?

—Sí—respondió él, sacando su billete.—Y vea usted que he hecho como los poltrones que se arrojan al agua. He tomado mi billete y no me diré á mí mismo lo que me digo hace dos meses:—Verdugo aún un momento—de la Du Barry.—Ya la he referido á usted esta frase. De toda nuestra revolución es lo que me interesa un poco. ¡Es tan sincero!

—¿Se marcha usted?—repitió la joven, sin atender á la broma con que Julián había disfrazado su propia

turbación ante el efecto de aquella partida tan bruscamente anunciada.—¡No le volveré á ver á usted!... ¿Y si yo le suplicase á usted que no se fuera aún? Usted me ha hablado de nuestra amistad. ¿Y si yo le suplicase á usted en nombre de ella, que no me pri-



vase usted de ella en este instante en que no tengo á nadie, en que estoy sola, horriblemente sola? ¿Me respondería usted que no? Me ha dicho usted frecuen-

temente que usted es mi amigo, mi verdadero amigo. Si esto es verdad, no se vaya usted. Se lo repito á usted; estoy muy sola... y tengo miedo.

—Vamos, Condesita—respondió Dorsenne, á quien la exaltación súbita de la joven comenzaba á asustar.—No hay razón para que se ponga usted en ese estado por haber sostenido ayer una conversación muy triste con Fanny. En primer lugar, me es de todo punto imposible dilatar mi partida. Me obliga usted á darle razones muy groseras, casi comerciales; pero el hecho es que mi libro va á aparecer y es preciso que yo esté presente. Y además, usted también va á marcharse. Tendrá usted todas las distracciones del campo, sus amigos de Venecia, y, en todo caso, esa encantadora Lidia Maitland.

—No pronuncie usted ese nombre—interrumpió Alba, cuyas facciones se habían contraído ante aquella alusión á su estancia en Piove.—Usted no sabe el mal que me hace, ni qué monstruo de crueldad y de perfidia es esa mujer!... No me pregunte usted más. No diré nada... Pero—continuó cruzando sus manos temblorosas, por la angustia que la producían las frases que osaba formular—¿es que no comprende usted que si le hablo en estos términos es porque tengo necesidad de usted para vivir?...—Y después, en voz baja, emocionada, dijo:—¡Es que le amo á usted!—Todo el pudor natural en una niña de veinte años, enrojeció su rostro con una oleada de púrpura cuando arrojó esta confesión.—¡Sí, le amo á usted!—repetió con acento profundo y más firme.—No es cosa común en este horrible mundo confesión semejante; usted lo sabe... No he coqueteado con usted... No

tengo orgullo... Si usted no me ama, todo ha concluido para mí, y entonces, ¿de qué serviría este orgullo?... Si usted me ama... ¡Ah! ¡Si usted me ama!... Y cerró los ojos como si la dulzura de aquella idea la hiciese aun mal. Entonces usted comprenderá que para tener el derecho de darle mi vida, de llevar su nombre, de ser su mujer, de seguirle á usted, he dicho alto lo que sentía en el momento en que iba á perderle á usted. Usted me perdonará si he faltado á mi modestia por la primera, por la última vez... ¡Pero he sufrido demasiado!...

Se calló. Jamás la pureza absoluta de aquella encantadora criatura, nacida y educada en una atmósfera de corrupción, en la que quedó tan intacta, tan noble y tan franca, había resplandecido como en aquel momento. Toda su alma virginal y desgraciada, estaba en sus ojos, que imploraban á Julián; en sus labios, que temblaban por haber hablado de aquel modo; en su frente, en torno de la que flotaba como una aureola, formada por sus rubios cabellos, levantados por la brisa que entraba por la abierta ventana. Había encontrado el medio para intentar aquel prodigioso paso, el más temerario que se puede permitir una mujer; y más si es soltera, con una sencillez tan casta, que en aquel momento Dorsenne no hubiera osado tocar solamente la mano de aquella niña que se confiaba á él tan locamente y con tal lealtad. Ella misma, á pesar del rubor de sus mejillas, no sentía vergüenza de su acción. Había mucha lealtad en aquel paso, que había dado, como decía, á impulsos del dolor. Y, sobre todo, esperaba. Tenía fe en la simpatía, mejor aún, en el amor de Julián. Durante aquel in-

vierno y primavera pensó muchas veces que el joven no pedía su mano por ser ella demasiado rica. Y realmente, era cierto que él sentía junto á ella las más vivas emociones de que era capaz; pero no era menos cierto que esta simpatía no invadía aún la parte lúcida y fría de su ser, tan rebelde al abandono. Era cierto que le agradaba su belleza de esclava italianizada, hasta tal punto que, si no hubiera sido un hombre honrado, hubiera sido un amante con delicia; pero no era menos cierto también que lo llevaba, sobre todo, á ella una curiosidad contra la que ya estaba en reacción, por miedo de renunciar á aquella independencia querida, voluptuosidad soberana en su naturaleza voluntariosa y móvil... Así es que las conmovedoras frases de la joven, donde palpitaba una desdicha tan grande, y que habían de hacerle más tarde llorar de pena, le produjeron en aquel momento una impresión más bien de miedo que de lástima. Sí; tuvo miedo de la llama que brillaba en los ojos de la joven; tuvo miedo de la fuerza extraña que desplegaba repentinamente aquella niña; miedo de ser arrastrado, á pesar suyo, á la atmósfera de las pasiones completas, exclusivas y violentas, él, á quien no agradaban más que las medias tintas, por decirlo así, en las desgracias y en las dichas, las emociones atenuadas y artificiales.

Ella se había callado, y él no respondía. Cuando, al fin, rompió aquel silencio cruel, nada más que el sonido de su voz reveló de golpe á la desgraciada lo inútil de aquel llamamiento supremo dirigido por ella á la vida. No había guardado para exorcizar al demonio del suicidio más esperanza que el corazón de aquel hombre, y este corazón, al que ella se había precipi-

tado en un arranque tan loco, se retiraba en lugar de entregarse.

—Tranquílcese usted, se lo suplico—le dijo Dorsenne.—Debe usted comprender mi emoción, mi asombro por haberla oído lo que ha dicho. ¡Estaba tan lejos de pensar en ello! ¡Dios mío! ¡Qué agitada está usted! Y sin embargo—añadió con más firmeza,—yo me despreciaría si la mintiese á usted. ¡Acaba usted de ser tan leal conmigo! No puedo corresponder á esa confianza más que pensando alto á mi vez. ¡Casarme con usted! ¡Ah! ¡Este sería el sueño de dicha más encantador, si este sueño no me estuviera prohibido por la honradez! Para aceptar la vida de una joven como usted, es preciso poder, sincera y honradamente, prometerla la vida de uno, toda entera. Y yo no puedo hacer esta promesa; no la cumpliría. ¡Pobre niña.—y su voz se hizo casi amarga al pronunciar estas palabras.—Usted no me conoce. Usted no sabe lo que es un escritor de mi raza, y cómo unir nuestros destinos sería para usted un martirio más duro que la soledad moral en que vive usted hoy. Yo venía á verla á usted alegremente, porque era libre, porque podía decirme que no volvería cuando no quisiera. Esto es poco romántico, pero es así. Pero si existiera un lazo, una obligación, un cuadro fijo en que moverme, un círculo de costumbres que me aprisionara, no tendría más que una idea: la de huir. ¿Una unión para toda mi vida? ¡No! ¡no! Yo no la soportaría. Hay almas de paso, como pájaros viajeros, y la mía es una de ellas. Y usted misma lo comprenderá en seguida y recordará usted que la he hablado como un hombre de honor, que se desesperaría de creer que ha aumentado, sin

querer, la tristeza de su destino de usted, cuando no hubiera deseado más que dulcificarle. ¡Dios mío! ¿Qué hacer?—exclamó, viendo, mientras hablaba, que asomaban dos lágrimas á los ojos de la joven, lágrimas que ella no enjugó.

No sollozó Alba, como la víspera, en brazos de Fanny, con el consuelo de una compasión en su pena. No. Aquellas gruesas lágrimas que rodaban por sus encendidas mejillas sin un grito, sin un suspiro, eran las gotas de un sudor de agonía, arrancadas por la desesperación absoluta, total, irremediable. Era el adiós á la vida de un alma aún joven, y que no encontrando eco para su grito de agonía, llora una última vez, por aquella juventud condenada.

Y como Julián espantado, repitiase:

—¿Qué hacer?

—Usted marcharse—respondió ella.—Dejarme. No quiero más. Le estoy á usted reconocida por no haberme mentido. Pero su presencia me es muy cruel. Tengo vergüenza de haber hablado, ahora que sé que usted no me ama. Tiene usted razón para abandonar Roma. Debía usted haber partido antes. No se defienda usted—continuó, impidiéndole que la interrumpiera. Usted no me ha mentado nunca; jamás me ha dado el derecho de creer que sentía usted por mí otra cosa que esta amistad ligera. He estado loca. No me castigue usted permaneciendo aquí más tiempo. Después de la conversación que acabamos de tener, mi honor quiere que jamás nos hablemos.

—Tiene usted razón—dijo Julián, después de un nuevo silencio.

Tomó su sombrero, que había dejado sobre una me-

sa al principio de aquella visita tan rápida, y terminada repentinamente por una explosión de tan extraños sentimientos. Los dos jóvenes se miraron una vez todavía. ¡Ah! El debía á menudo volverla á ver, blanca como una muerta, la boca crispada dolorosamente, el rostro aún húmedo por sus lágrimas, que ya no corrían, rígida y trágica, con su vestido claro de primavera, sus brazos cruzados como hacía un instante, sobre su delgado pecho, para no darle la mano. No le tendió él la suya. Comprendió que la pobre niña había dicho la verdad. Le había confesado, sin sentir vergüenza, sus emociones, cuando creía que él participaba de ellas; el saber que las conocía, llenábala ahora de confusión. El la dijo:—Adiós.—Inclinó ella su rubia cabeza sin responder. Pobre fantasma de la más dulce é inocente de las víctimas, ¿ese que miras marchar con esa mirada, olvidará ésta jamás?

La puerta se había cerrado. Alba Steno estaba sola de nuevo.

Una media hora después, cuando el lacayo vino á recibir órdenes respecto del carruaje que la Condesa había vuelto á enviar, conforme á lo prometido, la encontró inmóvil, de pie junto á la ventana, á la que se había acercado para ver marchar á Dorsenne.

La idea del suicidio la había acometido de nuevo: había sentido con irresistible fuerza la magnética atracción de la muerte: la vida habíale aparecido una vez más como algo demasiado vil, demasiado inútil, demasiado insoportable para aceptarla por más tiempo.

No podía besar á su madre sin un estremecimiento de horror. De sus dos amigas, la una estaba separada

para sí
Acabab
bía pu
para e
baba
Piov
para

sa al principio de aquella visita tan rápida, y te una nota
nada repentinamente por una explosión de tan e.
ños sentimientos. Los dos jóvenes se miraron una
todavía. ¡Ah! El debía á menudo volverla á ver, b caso de
ca como una muerta, la boca crispada dolorosamei, y que
el rostro aún húmedo por sus lágrimas, que ya des le
corrían, rígida y trágica, con su vestido claro de pmana;
mavera, sus brazos cruzados como hacía un instante, co-
sobre su delgado pecho, para no darle la mano. No le las
tendió él la suya. Comprendió que la pobre niña ha in
bía dicho la verdad. Le había confesado, sin sentir
vergüenza, sus emociones, cuando creía que él parti-
cipaba de ellas; el saber que las conocía, llenábala
ahora de confusión. El la dijo:—Adiós.—Inclinó ella
su rubia cabeza sin responder. Pobre fantasma de la
más dulce é inocente de las víctimas, ¿ese que miras
marchar con esa mirada, olvidará ésta jamás?

La puerta se había cerrado. Alba Steno estaba so-
la de nuevo.

Una media hora después, cuando el lacayo vino á
recibir órdenes respecto del carruaje que la Condesa
había vuelto á enviar, conforme á lo prometido, la en-
contró inmóvil, de pie junto á la ventana, á la que
se había acercado para ver marchar á Dorsenne.

La idea del suicidio la había acometido de nuévo:
había sentido con irresistible fuerza la magnética
atracción de la muerte: la vida habíale aparecido una
vez más como algo demasiado vil, demasiado inútil,
demasiado insoportable para aceptarla por más
tiempo.

No podía besar á su madre sin un estremecimiento
de horror. De sus dos amigas, la una estaba separada

